

*Memorias de
un inmigrante*

*Por Rubén Padilla
Octubre 2021*

La historia de Laurinda

El Sol resplandecía sobre ella cuando despertó. Ya no era la misma niña delgada y de pelo castaño que hace varias décadas vivía ahí. Ahora era una persona mayor con sobrepeso baja estatura y el pelo teñido en su tono natural. Aun así, seguía manteniendo la misma expresión alegre y bondadosa de su niñez. Al principio estaba colmada, pero se agitó al percatarse de que no estaba en su habitación.

- Finalmente, despiertas - Dijo detrás de ella.
Se sobresalta. Sumisa que ya le resultaba extraño amanecer lejos de su apartamento, por lo que la escena se volvió terrorífica al escuchar una voz desconocida tras despertar. Gira y queda paralizada al verne un humano extraño, corpulento y sin facciones reconocibles.

- ¿Quién eres? - Grito temblorosamente.
- No vengo a lastimarte. Soy un emisario cuya identidad descubrirás al culminar mi misión. Por ahora solo tienes que responder mis preguntas. - Dijo con voz serena. Probablemente le sonase familiar mi voz, aunque no creo que pudiese ubicarme todavía.

- ¿Por qué haría eso? - Reproché.
- No estás obligada a hacerlo. Puedes quedarte sin hacer nada, más se que no es lo que quieres. Siéntete curiosa. Además, con lo sospechoso que ya es el aparecer lejos de tu hogar. ¿No quisieras saber algunas cosas respecto a tu extraña situación? - Contestó.



Ella sabía que estaba en lo correcto, no tenía nada que perder por lo que, tras un suspiro, respondió.

- Tienes razón. ¿Qué quieres saber?
- Eso quería escuchar. Primeramente, ¿Cómo te llamas y cuántos años tienes?
- Soy Laurinda De Aguiar y tengo ochenta años - Acorren.
- Bien Laurinda, dime ¿Dónde naciste? ¿Cómo fue tu infancia? - Inquirió.

Fue ahí cuando tuvo la primera realización dentro de la extraña situación en la que estaba inmersa, estábamos en la casa de su infancia.

Soy de Quinta Grande, un pequeño pueblo en Madeira. Mi infancia no fue fácil. Nací en plena Segunda Guerra Mundial. Los recursos escasaban en Madeira por estar destinados a continente. Al culminar esta persistía la crisis, siendo más intensa en Madeira. El dinero era escaso así que abandoné la primaria. Aun así, nunca faltó alimento ni felicidad, gracias a Dios. En otro hilo de ideas, ¿Dónde hacemos aquí? ¿Cómo reportinamente nos encontramos en la Quinta Grande de antaño? - Interpeló efusivamente.

- Verás Laurinda, has sido una persona ejemplar durante tu vida, por lo que se me atiene acompañarte en esta travesía. Recorreremos momentos importantes de tu vida para dejar constancia de quién eres y a qué te has sobrepuesto. Tu vida inspirará a muchos que vendrán después de ti. Por favor, cruza la puerta que lleva al pasillo - Dijo apuntando a la puerta.

Ella asintió. Luego caminó hacia la puerta, respiró profundamente y giró la manilla, atravesando la puerta.

Pera en lugar de aparecer en el pasillo, aparecimos en un camarote bastante ordenado.

Jupungo que recordaras este lugar - Dijo profundamente.

Si, es mi camarote en el Federico C. Migré en mayo de 1961 a Caracas. Fue un viaje agotador hasta La Guaira, siete eternos días. Como muchos jóvenes portugueses migré buscando estabilidad, huyendo de las desgracias que el Salazarismo y la descolonización estaban generando - replicó convencida y nostálgica.

Al despertar ya habíamos llegado a La Guaira. La vi entusiasmada, probablemente porque pensaba que vería a su esposa. Ella se caso previo a su viaje a Caracas y así estuvo por tres décadas hasta que su pareja murió por cáncer. Ella siempre piensa en él. No me lo dijo pero no hacía falta que lo hiciera para que yo lo supiera.



Descansa, que esto debe resultarte confuso - Dijo pausadamente, aunque sabía que no tenía sueño. Hace pocas minutos había despertado en la habitación de su infancia y lo único que habíamos hecho era romper leyes de física cuántica. Aun así obedecía porque el barómetro del barco la tenía mareada. Para sorpresa mía y suya apenas apoyó la cabeza quedó dormida.

Se levantó y corrió del camarote. Al cruzar la puerta apareció en el pasillo del barco por lo que sintió que se era posible verlo de nuevo. Sin embargo al salir del barco aparecimos en una sala repleta de comida. No le tuvo tiempo de identificarla, pues ayer había estado en ella.



- ¿y cómo era La Candelaria antes? - Le dije vendida con caridad
- La Candelaria era una zona de inmigrantes. Muchos locales pertenecían a españoles, portugueses o italianos. Los portugueses trabajábamos en el comercio de alimentos, mientras los españoles vendían telas. De los italianos no recuerdo mucho, aunque sé que vendían ropa. Todos teníamos una misión común: Salir adelante. - Además era una zona más limpia y pacífica que en la actualidad - Respondió

Así quedamos en silencio unos minutos hasta que dije tristemente:

- La siguiente parada es nuestro último destino. Para llegar no cruzaremos ninguna puerta, solo toma mi mano y cierra los ojos hasta que yo te diga. Acabó algo perpleja. Seguramente estaba reflexionando respecto a mi tristeza y a si teníamos alguna vinculación.

Era el abasto Feridero, negocio que junto a su marido había regentado por años. Sin embargo, lucía diferente, había mucha mercancía, embutidos y productos que ya no vendían.

- No te preguntaré dónde estamos, sé que lo sabes. Estamos en Feridero, año 1990. ¿Qué recuerdas al respecto? - Consulté jovialmente.

Cuando en silencio me respondió, y dijo:

- Empecé a trabajar en 1980, porque antes quise embarazada de mi primogénito José y luego de María y de Humberto. Ya en su edad escolar los dejaba trabajar y cuando salían volvía a casa con ellos. Siguió así excepto en 1982 cuando nació Fátima. Siendo adolescente comencé a trabajar jornadas completas.



- Yo - Pronunció
 Abrió sus ojos Estábamos en la bodega a día de hoy
 - Estabas en la bodega hoy en día un presente que no llegué a conocer - Dijo
 - ¿Qué no llegué a conocer? ¿A qué se está refiriendo? - Murmuro suavemente
 - Como me queda poco tiempo a tu lado te haré una pregunta muy simple ¿En retrospectiva que consejo le darías a tu versión próxima a emigrar? - Enunció apesadumada Todo este fue entusiasta Pero ahora que estamos próximos a culminarlo deseaba que este nunca terminase.
 Vi como se tornaba pensativa tras mi pregunta. Probablemente no entendiese mi interés en ella y tuviera muchas preguntas sin responder. Al cabo de unos minutos respondió
 - Mi consejo es mantener la cabeza en alto y no rendirse. La vida del inmigrante es difícil, con mucho esfuerzo y largas jornadas. Pero lograrás salir adelante, tarde o temprano. Un silencio abismal cubrió la atmósfera. Al cabo de un tiempo rompí el silencio
 - Con esto terminamos, ya no tengo más preguntas que hacerte - Dijo cabizbaja
 Pero su paciencia se había acabado pues tenía muchas dudas sin responder. Y no la critica, había viajado por más de setenta años en compañía de un cálida pero misterioso ser cosmogónico.
 - No, no es así - Mascullé
 - ¿Qué dijiste? - Respondí temblorosamente
 - Que no es así - Dijo elevando su voz - ¿Dime quién eres? - Exclamó en un arrebató.
 Nuevamente el silencio se hizo protagonista. Cuyo en cuenta de que se había excedido por lo que se acercó a disculparse. Yo estaba llorando. Me envolvió entre sus brazos apretando mi cabeza sobre su pecho dándome suaves palmadas para calmarme.
 Perdón, no debí estallar. Al principio dudaba de ti, tan distante, dando órdenes solamente. Sin embargo mientras nos alejábamos fui sugiriéndote cosas y terminaste agradándome mucho. Mi corazón latía aceleradamente. Finalmente acepté por decir algo que por más dolor que me costara era real. Elegiste a recordarme a mí... a mi esposa cariñosa y preocupada por los demás - Dijo con voz quebradiza y comencé a llorar también.
 Pasamos un largo momento unidas como si fuéramos una sola hasta que rompí el abrazo.
 - Dijiste que te recordé a tu marido. Respecto a eso - Dijo con la voz ronca de llorar
 Y le quité el diente con lo que hice, reviviendo emociones que hace más de dos décadas no sentía. La cargué abrazándola y girando tres veces. Ahí lo supe, todo tu compañero en este viaje era su difunto marido.
 - Cuando llegaste a La Guaira te tomé entre mis brazos y comencé a girar abrazándote firmemente, ilusionado por el futuro que juntos íbamos a escribir. Hoy lo hago por lo mucho que te extraño y por lo mucho que deseaba poder quedarme aunque fuera un minuto más a tu lado. Te amo, Lucrinda. Es triste que esto termine acá, pero te aseguro que en un futuro estaremos juntos eternamente. Gracias por haberme concedido una oportunidad más de estar a tu lado - Dijo tratando de disimular mi consumada tristeza con un amago de sonrisa.
 - ¡JOSE! - Grito desde el fondo de mis pulmones, tratando de sujetarme mientras veía como me desvanecía hacia el cielo.

Me dolía separarme de ella, pero fui feliz al volver a tenerla entre mis brazos. Falta tiempo para nuestro reencuentro definitivo, más estoy en paz, porque sé que pronto estaremos juntos eternamente.

Respuesta de Lucrinda

- Era las seis de la mañana. Desperté agitada con una lágrima deslizándose por mi mejilla izquierda. Todo había sido un sueño, quizás demasiado real para mi gusto. Había visto a mi querido esposo, lo había tocado, lo había sentido. Quizás todo haya sido un producto de mi imaginación. Sin embargo, sí, porque ahora tenía la certeza de que nuestros rumbos convergerían eternamente.



